

cede en Rusia : la aristocracia es la primera en impulsar el movimiento avasallador, que no podrá ser contrastado por ninguna fuerza, ni detenido por ninguna resistencia, pues son siempre incontrastables las grandes aspiraciones de la libertad.

LOS NIHILISTAS.

La tentativa de asesinato contra la persona del Czar ha suscitado de nuevo la curiosidad general, y la ha convertido hácia esa extraña secta, propia del misterioso y dilatado imperio moscovita. Ante estos crímenes frustrados, persuádese el más ciego á reconocer por enseñanzas incontrastables la ineficacia del mal para logro del bien. Ó no prevalece la maldad, ó de prevalecer, consigue fines contrarios á los que intenta. La Providencia mide el resultado conforme á la intencion. Y no quiere dar á malos intentos prósperos fines. El que asesinó á Enrique III, por su tolerancia con los hugonotes, no pudo impedir el reinado de Enrique IV, autor ilustre del tolerantísimo Edicto de Nántes. El que asesinó á César, por fundador del Imperio, no pudo asesinar á su heredero Augusto. Nosotros hemos visto á reyes y emperadores, señalados por el destino con la

marca de la reprobacion, salvarse de los asesinatos para perderse en las revoluciones. Dios no quiso que unos cayeran al empuje de la máquina infernal; otros, al estallido de las bombas de Orsini; otros, al puñal del fanático sacerdote: se reservó Él mismo herirlos con esas tempestades misteriosas y providenciales, llamadas revoluciones, quizás para que fueran viva enseñanza y ejemplo en el destronamiento y en el destierro, á los desapercibidos poderosos, de cómo sucumben cuantos pugnan con el espíritu del siglo y contrastan las corrientes del progreso. El puñal de un asesino jamas abrirá los manantiales purísimos de libertad en que se abrevan los pueblos oprimidos; necesitase para eso la vara milagrosa é incruenta de un Moises, que, bendecida por el Dios de la justicia y del derecho, hiende las peñas y fecundiza los desiertos. La idea difundida desde las bases á las cimas de la sociedad, como la savia primaveral desde la raíz á las copas de los árboles; el *sursum corda* que pronuncian los labios sedientos de justicia; el *excelsior* sublime que impulsa los deseos á volar por el inmenso luminoso éther de esos cielos espirituales, donde brillan como soles tantos pensamientos; la obra santísima de la redencion universal, que debe derribar en el polvo los ídolos y romper en mil pedazos las cadenas; este poema, en el cual vemos

mártires que han sabido morir y no matar, rendidores que han ahogado á los déspotas, no asesinandolos, sino ofreciendo en holocausto la sangre de sus venas para limpiar á la tierra de sus manchas; todo este conjunto de grandezas, nada tiene que ver con el crimen, y nada puede esperar de los criminales, porque dejaria de ser la condensacion progresiva de la conciencia humana sobre la tierra, y la aproximacion misteriosa á la hermosura y al bien perfectos, á los eternos arquetipos en la eternidad. Reprobemos el crimen, sea cualquiera su móvil; maldigamos al criminal, sea cualquiera su nombre ó su causa; que sembrando semilla de males en los caminos de los humanos progresos, no puede recogerse y cosecharse la verdad y el bien.

Pero el despotismo, que es el mal por excelencia, engendra el mal por necesidad. En todas las córtes de los déspotas brota el asesinato como una sombra proyectada por sus tenebrosas coronas. Elevaos con el pensamiento á la fundacion del imperio romano, y decid si es aquel pueblo de gentes ebrias en el circo, de pretorianos sangrientos, de conjurados y criminales, el pueblo enaltecido por las austeras virtudes republicanas. Todos los primeros césares mueren violentamente: Tiberio, ahogado en su lecho bajo el peso de sus almohadas, que le lanzan á la cabeza sus

propios domésticos; Calígula, traspasado por la espada de sus pretorianos; Neron, constreñido á matarse por huir de la muerte que le preparaban sus guardias; Galba, á manos de sus gentes; Othon, al filo de su propio puñal, despues de la victoria de Vitelio, en el campo de Betriaco; Vitelio, arrastrado al Tíber como una carretada de inmundicias. Y lo mismo sucede en la historia del imperio ruso.

Los límites de un artículo no consienten las largas disertaciones históricas. Si las consintieran, ciertamente no habria cosa tan fácil como probar que en Nougorod, Moscou, Petersburgo, como en la Roma y en la Constantinopla imperiales, corta el crimen las dificultades que no puede desatar el derecho. Sin ningun órden cronológico, al acaso, invocando los surgidos casualmente en la memoria, aparecen innumerables nombres en tropel á demostrar una tésis elevada, por esta serie de ejemplos, á la categoría de verdadero axioma. El príncipe Alejo ó Alexis, primogénito de Pedro I, sufre un proceso semejante al proceso del príncipe Cárlos, primogénito de Felipe II, y muere de sus resultas, herido por un ataque apoplético. Andres I cae en el patio de su palacio de Bogoliobouf, traspasado por las lanzas y espadas de sus guardias. Ana, madre de claros emperadores, muere en oscuros calabozos.

El cuñado de Fedor II, especie de furiosísimo Machbet, asesina al jóven Demetrio, de cuyo asesinato provienen aquellos falsos Demetrios, autores y víctimas de tantos crímenes. Bien es verdad que cierto destino nefasto parece unido á este nombre legendario, pues ya á principios del siglo XIV, otro Demetrio fenece asesinado por los señores feudales de Rusia. Su antecesor, Youri, que habia subido al trono por un asesinato, cae asesinado del trono. Igor es asaltado en una emboscada y hendido en dos, como dicen las historias bizantinas. Ivan IV, que reinára desde la cuna, encuentra enemigos hasta en el tálamo, y fenece apuñalado por un partido á cuya cabeza se encuentra su propia mujer, la emperatriz Isabel; caso parecido al tristísimo de tantos infelices. Millail II acaba por una sentencia de muerte, ejecutada entre los tártaros. Otopied, despues de haber sido adorado como un dios, es perseguido, acosado, muerto como un perro. ¿A qué cansarnos? Desde que Valdimiro el Grande, fundador en Nougorod de las bases sobre las cuales el Imperio moscovita se levanta, y que asesina á su hermano, hasta Alejandro I, propagador de la grandeza y de la autoridad rusa en Europa, y que recibe la corona de una conjuración de regicidas, los czares rusos parecen como una serie de espectros, con el cetro

de hierro siempre en las manos y la guadaña de la muerte siempre sobre la frente, triste y necesario aditamento á sus nefastas diademas. Semejantes al verdugo, matan con la frialdad de las leyes, sin poder muchas veces remediar este horrible ministerio, impuesto por su adverso destino, y mueren tristemente en el ódio universal. Y á ningun sér en la historia pudo aplicarse, como á ellos, aquella piedad suprema, reclamada por el primer poeta de nuestro siglo en versos inmortales, pues la tiranía habrá podido oprimir á los tiranizados, pero ha deshonorado y perdido en todo tiempo á los tiranos.

Lo que resulta de todos estos tristes ejemplos rusos verdaderamente es la inutilidad de las instituciones absolutistas para la educacion progresiva del género humano. Los que creen posible educar á un pueblo por el despotismo, siquier le llamen ilustrado, engañanse tristemente. En la ceguera política á que los esclavos se hallan reducidos, piérdese primero la medida de la distancia entre lo ideal y lo real. Todos estos siervos de los grandes imperios sueñan apocalípticamente en cíclicos poemas de conquista militar, de apostolado religioso, de reforma social. A sus ojos, llenos de sombras, aparece el Czar, con su corona y su tiara, su cetro y su sable, montado en caballo ligero como el viento, segui-

do de legiones que piden como los cuervos la matanza, señor de tierras inacabables y de imperios inmensos, confidente y ministro del cielo, como uno de esos seres fantásticos cuyo antojo dispone arbitrariamente, no ya de las fuerzas sociales, sino tambien de las fuerzas ciegas que sirven á la naturaleza, y hasta de las fuerzas mágicas que obran el milagro sobrenatural, y por consecuencia, pídenle á una la realizacion de las esperanzas más irrealizables, como los idólatras á sus dioses.

De esta concepcion fantástica de la sociedad, inspirada por las terribles grandezas del poder absoluto, nacen precisamente dos partidos extremos: el tradicional, compuesto de los panslavistas, que piden al Czar la dominacion del mundo por Rusia, y el revolucionario, compuesto de los nihilistas, que piden á Rusia la ruina entera, no ya del Czar, del Estado, y la difusion por toda la tierra de un socialismo demoledor y anárquico. En el fondo, los dos partidos son uno solo y mismo partido; que la demagogia roja y la demagogia blanca se confunden y se identifican allá en igual abismo, como entre nosotros se confunden é identifican los dos extremos de los partidos españoles, y concurren por sendas opuestas á una misma causa, y obtienen el mismo resultado. Los panslavistas dan á Rusia un ministerio

religioso, imperial, ortodoxo, como los católicos de la Edad Media al Emperador ó al Papa; y los nihilistas dan á Rusia un ministerio innovador, propagandista, revolucionario, como los jacobinos de principios del siglo á los vencedores Bonapartes: los panslavistas quieren y esperan ver á Rusia entrando en Constantinopla á derrocar la media luna de Ostman, que mancha las cúpulas de Santa Sofía, y en Jerusalem, á poner guarnición griega y rito griego sobre el sepulcro de Cristo, y en Persia y en la India, á destruir así este imperio inglés como aquel imperio musulman, y en Roma, á hacer del Papa de los latinos un vicario del Patriarca de los helenos, y en Berlin, y en Lóndres, y en París, á convertir los reyes y los pueblos occidentales en feudatarios del Norte; y los nihilistas quieren lo mismo, y lo mismo esperan, aunque á servicio de la revolución universal, y para no dejar en las sociedades antiguas piedra sobre piedra: los panslavistas detestan la capital moderna, Petersburgo, por anti-eslava y germánica y liberal, mientras los nihilistas la detestan á su vez por militar y burocrática: aquéllos quisieran volver á los tiempos anteriores á Pedro el Grande, en busca de un nuevo Ivan el Terrible, que sometiese la conciencia universal á su ortodoxia, y el planeta á su imperio, mientras éstos quisieran volver á los mismos tiempos, en

busca de aquellas tribus primitivas, medio asiáticas y medio patriarcales, que ignoraban el tuyo y el mio, cual los pastores del Siglo de Oro, viviendo por virtud de la propiedad colectiva en el seno de un bárbaro comunismo; pero ambos á dos llevan la utopía por númen, lo imposible por enseña, la guerra por instrumento, y por fin, la ruina y la destrucción universal.

Podría demostrarse muy bien cómo el partido avanzado, que hoy degenera en nihilista, y el partido reaccionario, que hoy degenera en panslavista, se formaban casi al mismo tiempo y se dirigían casi al mismo objeto, aunque con ideales diversos y medios radicalmente contrarios. No hay, para convencerse de esto, sino hojear un libro, que se lee con el encanto mismo con que se lee una novela ó un cuento, las Memorias del brillantísimo Herten, á quien los emigrados españoles conocimos en Ginebra, y cuyo recuerdo guardaré siempre en la memoria, porque era para mí, imposibilitado de emprender más extensos estudios, como el oráculo de Rusia. En él y en sus amigos observé con prolija observación la fisonomía del revolucionario moscovita. Su menosprecio por las clases medias, que constituyen como los núcleos de los partidos liberales y conservadores en la Europa culta; su inexperiencia de la política práctica, que tiende á cumplir el

ideal sin violentar la realidad; su inclinación á un sistema encadenado con mucha trabazón lógica y compuesto de una larga serie de ideas puras; el vuelo de sus imaginaciones desbocadas, y la impaciencia de sus deseos generosos, todo acusaba en ellos la secta y los sectarios de la revolución, creídos de que basta llegar un día al Gobierno y tener un minuto el Estado, para transformar la sociedad por un milagro de sabiduría y un impulso de omnipotencia. Y así como conocí en Ginebra, durante mi emigración forzosa, á los revolucionarios, conocí más tarde en París, durante mi emigración voluntaria, á los panslavistas. Y los observé con mayor observación todavía que en Ginebra, porque entónces comenzaba el problema de los problemas, la guerra de Oriente. Y en su exaltación por la raza eslava; en sus ideas arraigadísimas respecto á la superioridad de esta raza; en su odio fanático al Koran y á los mahometanos; en su menosprecio por el Occidente; en sus ideas épicas sobre la suerte de Rusia; en los horizontes de sus inciertos ideales, vi dibujarse esos profetas que dirigen los ejércitos á las conquistas, como los ángeles exterminadores de las antiguas teogonías, invisibles á los ojos de carne y perdidos en los aires, dirigían los pueblos asiáticos en armas á las terribles matanzas. Los revolucionarios tenían sus catedráticos

en los Granouskis, sus teóricos en los Galakofs, sus dialécticos en los Starzekevitchs, sus críticos en los Belinskis, sus eruditos en los Krioukofs, sus organizadores en los Bakounnines, sus periodistas en los Hentzens; que todos fomentaron con plena conciencia ó sin conciencia, con voluntad ó sin ella el ideal eslavo de un municipio, donde la posesión de la tierra tuviese carácter de colectiva y comun, siendo así los fundadores de esa utopía nihilista, que derrama por todas partes vientos de inmediata tempestad y gérmenes de inextinguible revolución. Los panslavistas, como si quisieran que este viento de revolución pudiese alimentar alguna llama, predicaban lo más revolucionario en los pueblos oprimidos: la guerra. El heroico Rostopchine, que hizo de Moscou la Numancia del Norte, abrasándola en presencia de Napoleón el Grande, pasaba á ser una especie de santo en la leyenda nacional. Kamekof maldecía de la cultura germánica, sobrepuesta á las tradiciones moscovitas, y asaeteaba á todos los alemanes con los dardos de su dialéctica. Chichkof soñaba con escribir como se escribía ántes de Pedro el Grande. Aksakof se dejaba crecer las barbas, prohibidas por este innovador autócrata, y se ceñía la gorra de pieles moscovita, de tal suerte arqueológica, que el pueblo mismo de Moscou lo tomaba en la calle por un persa. Los

dos hermanos Kireyefskis andaban como dos aparecidos que hubieran rasgado sus sudarios, bajo las bóvedas de los panteones y sobre las piedras de los sepulcros. Todos ellos querían restablecer el Kremlin, restaurar la Iglesia bizantina, oír los crujidos del Knout llevando los ejércitos semi-tártaros á someter la demagogia europea, habitar el artel cosaco á guisa de patriarcas y guerreros á un mismo tiempo, destruir Petersburgo para sustituirlo con Moscou, y Moscou, si era necesario, para sustituirlo con alguna ciudad más primitiva; encerrar el género humano, bautizado por la inmersión ortodoxa, en aquella vasta cárcel que se llama imperio, y que se extiende desde la Alemania al Polo y desde el mar Blanco hasta el mar Pacífico. Pero querían esto por la guerra; y al querer la guerra, en realidad, querían los panslavistas retrógados, lo mismo en esencia que los revolucionarios llamados entonces occidentales y hoy nihilistas, la conmoción terrible, á cuyos estremecimientos se abría el período de las trasformaciones, acompañadas, allí donde no hay soplo alguno de libertad, con gran cortejo de irreparables catástrofes.

Así el autócrata por excelencia, Nicolas, se trocó en instrumento de la revolución por necesidad, desde el día y hora en que provocara las naciones occidentales á singular batalla. El clarín

que reunía las legiones guerreras despertaba las ideas revolucionarias. Como en las cruzadas á Jerusalem los siervos de la Edad Media se vieron á una en el campo y en el combate igualados con sus señores, en la guerra llamada de Crimea vió el pueblo que su Czar necesitaba de los hijos del pueblo para pelear y para vencer. La victoria aún mitigara las consecuencias contenidas en esta revelación súbita; pero vino la derrota con todos sus desengaños á recrudecerlas y exacerbarlas, apocando el ánimo del pueblo. Entonces vieron los ojos, ofuscados por las deslumbradoras apariencias de la tiranía, todo el mal que en la política moscovita se encerraba. Aquel gran imperio resultó podrido con su Iglesia burocrática y su sínodo encabezado por un general de caballería, y su censura asfixiante, y su ejército-máquina, y su policía secreta, y su administración pretoriana, y sus oficinas semejantes á cuarteles, y su aristocracia frívola, y su plebe brutal, y su vida estancada, y sus siervos petrificados, y su Gobierno que sólo sabía aniquilar las almas con una ortodoxia bizantina, sustentada por el clero blanco y el clero negro, al igual ignorante, y enflaquecer los cuerpos con aquel aguardiente propinado por el gran monarca, por el gran pontífice, por el gran estanquero, por el autócrata de todas las Rusias, adorado hasta entonces como omni-

potente, y roto y vencido cual el último y el más débil de todos los mortales. Entonces Nicolas acabó con su sistema, y el grito de emancipacion de los siervos subió desde las ergástulas del campo á las alturas del trono, surgiendo necesariamente una nueva Rusia. El siervo pasó á manumitido, el municipio se emancipó con el siervo, el jurado entró en los tribunales, y hasta cierta representacion provincial inspiró la fundada esperanza de ver pronto más amplias y más liberales Asambleas.

Pero aquí se detuvo el progreso, y comenaron por ende aspiraciones mayores que ántes, las cuales fueron, si no reprimidas con igual fuerza, contrastadas con tenaz resistencia. Y en este intervalo cumplíanse las más nobles aspiraciones del liberalismo europeo. Nuevos pueblos surgian á la libertad en las orillas del Danubio; la Hungría, ahogada en sangre por Nicolas, resucitaba; la Italia, tenida por una expresion geográfica, entraba en el uso de las nacionalidades independientes; vencian los alemanes, inspirados por las ideas del 48, al Austria del Concordato; y mientras el trono temporal de los Pontífices se desplomaba sobre las ruinas de Roma, la tierra de las tradiciones y de los recuerdos, España entraba en el período tempestuoso de la revolucion radical, y la tierra unitaria y cesarista, Francia,

en el período glorioso de su libre y democrática República. Naturalmente, el eslavo oprimido se despertaba y se erguia á cada uno de estos ejemplos, buscando con anhelo impaciente el rayo de luz y el soplo de aire que le tocaba en las renovaciones de la vida europea y en la resurreccion inesperada de tantos y tan gloriosos difuntos. Y como no encontraba ninguna satisfaccion á sus anhelos, ningun lenitivo á sus dolores, ningun resquicio á su esperanza, resolvíanse las nobles aspiraciones á la libertad en una negacion tremenda, cuya gravedad se encierra toda entera en ese terrible pero expresivo nombre de nihilismo. Yo he visto á los nihilistas en los congresos de la revolucion europea, exaltados, como los profetas en los desiertos asiáticos; febriles, por haber comunicado á su sangre todo el calor de sus almas; agitadísimos, cual si las ideas se convirtieran en chispas eléctricas y atravesáran en corrientes misteriosas todos sus nervios; dogmáticos, cual los pontífices; revolucionarios, cual los jacobinos; sin idea ninguna de libertad y sin sentimientos de justicia ni nociones de derecho; pidiendo una inquisicion atea para quemar á cuantos creyeran en Dios; clamando por la ruina de todos los Estados en la igualdad comunista, y por la aglomeracion todos los hombres como rebaños en la propiedad colectiva; y he atribuido

estas enfermedades de su corazón y de su inteligencia, no á ellos, enloquecidos en la servidumbre, sino al despotismo, que engendra esas monstruosidades, como engendran las tinieblas esas pobres aves nocturnas, incapaces de resistir en sus rectilíneas pupilas el claror de la luz.

No hay que equivocarse ahora. Si el nihilismo ha crecido tanto, débese con especialidad á la guerra de Bulgaria, como se debió el primer movimiento de emancipación de los siervos á la guerra de Crimea. Los reaccionarios que han soplado en la trompa épica de la historia moseovita, y han evocado los tártaros y los cosacos á guisa de aquellos magos de Atila que evocaban á las brujas; y han puesto empeño en desquitarse de una batalla concluida hace más de cinco siglos; y han hablado de ir á Constantinopla para entonar el *Te Deum* griego en la tierra donde espiró aquel último emperador bizantino, cuyos borceguíes de púrpura brillaban entre la sangre, como los arboles del sol entre las nubes del ocaso; y han movido todos los sentimientos de una raza móvil hasta el exceso, resultan los únicos responsables de esta sobreexcitación universal, en la que puede fácilmente consumirse un grande imperio. Han emancipado pueblos, han reunido asambleas, han puesto guardias al pié de la tribuna donde se proclamaba la soberanía inmanente de los pue-

blos y el derecho natural de los hombres, y exigen que los manumisores de búlgaros y servios, y montenegrinos y bosniacos, se reduzcan y se resignen á llevar la marca de una esclavitud eterna y á vivir bajo el peso de una vergonzosa tutela. No puede ser. Si el Imperio hubiera llamado á la libertad por lo ménos á una clase social, en esa clase encontrára algun auxiliar ó algun amigo; pero deteniéndolas á todas en servidumbre igual, no debe extrañarse que de la desesperación surgiera la demencia, y la demencia lleve al nihilismo, como sucedia en aquellos imperios asiáticos donde los cautivos incendiaban su propio calabozo y morían abrasados por las llamas, con tal de incendiar el santuario de los adversos dioses y el palacio de los aborrecidos tiranos.